

BX1754

93

V.1



## CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leído detenidamente la obra intitulada: *Historia de la sociedad doméstica, ó influencia del Cristianismo sobre la familia*, escrita por el Abate J. Gaume, Vicario General de la diócesis de Nevers, etc., y traducida en nuestro idioma.

En este siglo en que la falsa filosofía proclama el progreso de la humanidad, y ofrece al mundo la felicidad completa sin el auxilio de la Religion, una tal obra, en que se manifiesta que solo bajo el influjo de la Religion cristiana católica puede la sociedad y familia doméstica hallar la unidad, indisolubilidad y santidad, vínculos sagrados capaces de sostenerla, no puede dejar de ser de la mayor utilidad; y estoy muy persuadido, que el que la lea atentamente no podrá dejar de confesar, que el Cristianismo no solo no es indiferente á la vida de las naciones, como neciamente proclaman los maestros del error, sino que la sociedad y familia doméstica se elevan á una perfeccion tanto mayor quanto mas profundamente les penetra el espíritu del Cristianismo; y que se degradan de nuevo cuando el Cristianismo pierde su influjo sobre ellas. Por tanto, no habiendo hallado en ella cosa alguna contraria á nuestros sagrados dogmas y buenas costumbres, me parece muy digna de ser publicada en nuestro idioma.

Barcelona 18 de julio de 1854.

JOSÉ JACINTO CLOTET, Pbro., y Maestro en  
*sagrada Teología, de la Orden de Predicadores.*

## APROBACION.

Barcelona veinte y uno de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro. En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobación para que se imprima esta obra.

DR. EZENARRO, Vicario General.



## DISCURSO PRELIMINAR.

Á LA FAMILIA, Y Á CADA UNO DE SUS MIEMBROS:  
PADRES, MADRES, HIJOS, JÓVENES Y ANCIANOS.

¿Qué mal os ha hecho?

### I.

Cercana estaba la hora fatal: se habian desencadenado las potestades del abismo, y arrebatado de ciego furor, un pueblo entero se apodera del Justo. Sus mismos discípulos, amantados con sus lecciones, alimentados con su pan, y halagados por sus caricias, le abandonan, y reniegan de él poco despues de jurarle una lealtad á toda prueba; y uno de ellos llega á venderlo traídoramente. Arrástranle de tribunal en tribunal por las calles de una populosa ciudad atado como un malhechor; hombres, mujeres, niños y ancianos se agrupan afanosos en torno suyo formando un tumultuoso cortejo; y del seno de aquella multitud tan repugnante como un hombre ébrio, y agitada como el mar en un día de borrasca, se alzan incesantemente gritos de muerte. El odio impaciente pide con ansia la sentencia que ha de entregarle al inocente: le escupen en el rostro, le abofetean, le azotan hasta descubrirle las venas y los huesos, y todo su cuerpo es una llaga.

Se une á la crueldad la mofa insultante, y el pueblo bárbaro ultraja su víctima antes de beber su sangre, como el tigre que juega con su presa antes de devorarla. Cúbrenlo con una túnica ridícula, ponen en su mano una caña á guisa de cetro, en su cabeza una corona de espinas á modo de diadema, y vendándole los



ojos, se arrodillan ante él, le hieren bárbaramente en el rostro y le dicen: «Yo te saludo, Rey de los judíos!»

¡Y el Justo empero era el bienhechor público de la nación! No hallaríais entre ese pueblo de verdugos ninguno que no hubiera sentido en su persona ó en la de los suyos los saludables efectos de su poderosa bondad. Ha curado á los leprosos, ha dado vista á los ciegos y oído á los sordos, ha libertado del espíritu maléfico á los poseídos, ha resucitado á los muertos, ha derramado en torno suyo el bien, y no ha hecho mal á nadie. Lleno está de calma y dignidad mientras le pisotean como un gusano, y se deja conducir al suplicio sin desplegar los labios como el tierno cordero que marcha sin balar á la carnicería. Le conjuran en nombre del cielo para que hable, responde con dulzura y verdad; pero forman un crimen de sus palabras, y un bofetón es el premio de su obediencia.

El Justo lo recibe y calla, su resignación exaspera á sus perseguidores; crece la grito, el eco repite en la ciudad deicida con el estruendo de un trueno estas palabras: «¡Matadlo! matadlo! «crucificadlo!» y le arrastran brutalmente ante el juez que debe entregarles su cuerpo. Este juez es un extranjero ambicioso y cobarde, pero le vence la inocencia del acusado, y la publica diciendo: «¿Qué mal os ha hecho? — ¡Si no fuera culpable no lo hubiéramos puesto en tus manos!... — Pero ¿qué mal os ha hecho? «— Pretende reinar, y no queremos que reine sobre nosotros<sup>1</sup>.» El juez titubea... es el último esfuerzo de su valor espirante. «No quiero ser responsable de la sangre del Justo, dice lavándose las manos; os aconsejo que mediteis lo que haceis. — ¡Que muera! «que muera, y caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!» Consiguen, por fin, la inícuca sentencia.

La víctima marcha al suplicio; pero tanto odio, tanta injusticia y tanta ingratitud en pago de tanto amor, tanta inocencia y tantos beneficios, hacen verter algunas lágrimas. Un reducido número de mujeres ocultas entre la muchedumbre manifiestan un sincero dolor; el Justo las ve, y volviéndose para darles el postre adiós, les dice estas palabras: «No lloreis por mí, hijas de «Jerusalén, sino por vosotras y por vuestros hijos.» Ya ha cruzado

<sup>1</sup> Se regem facit... Non habemus regem nisi Caesarem... Nolumus hunc regnare super nos. (Joann. ix, 12-15; Luc. xix, 14).

la senda del dolor, y desnudándole de sus sangrientos vestidos, es clavado en una cruz, condenado á morir entre dos malvados. Los verdugos le dan á beber hiel y vinagre; sus enemigos pasan y cruzan por delante de él meneando la cabeza y encogiéndose de hombros en señal de menosprecio, y lanzándole los acerados dardos de sus injurias y blasfemias; niegan su divinidad, se burlan de su reinado, insultan su poder, y desafían su cólera; y en tanto el Justo espira con sublime silencio cumpliendo su misión y el mandato de su Padre.

Se estremece toda la naturaleza, cubre el cielo un velo fúnebre, reina el espanto, y no tarda mucho tiempo en aparecer un mensajero de desgracias, un profeta cual no se viera jamás, que da vueltas noche y día en torno de los muros de Jerusalén gritando sin cesar: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra «todo el pueblo. ¡Ay! ¡ay de mí, de Jerusalén, del templo y del «pueblo!» Ya enmudeció su labio... pero ¿no oís el estruendo de las armas? ¿no veis cual caen las murallas en escombros, y devoran las llamas los palacios y los templos? Se cumplió la profecía; y esos rebaños de esclavos que cruzan por todos los caminos del mundo y ofrecen sus espaldas al sangriento látigo de los *lanistas*... son el pueblo deicida. Donde existía el templo, solo se ve un montón de cenizas, y en vez de Jerusalén un sepulcro... ¡Ha pasado sobre la ciudad maldita la justicia de Dios!

Una sociedad nueva brota empero del seno de la nación deicida: compuesta en un principio de los que no tomaron parte alguna en el crimen y de los que habían recibido una luz divina al presenciar la muerte del Justo, crece, combate, vence, triunfa, y su triunfo dura aun... es la *Iglesia católica*.

## II.

Diez y ocho siglos han pasado desde entonces, y el sangriento drama del Calvario, como historia de lo pasado y profecía del por-

<sup>1</sup> Plebeius quidam et rusticus nomine Jesus, Anani filius, repente exclamare coepit: Vox ab Oriente, vox ab Occidente, vox à quatuor ventis, vox in Hierosolymam et templum, vox in maritos novos, novasque nuptas, vox in omnem populum... Vae! vae! Hierosolymis, templo, populo et mihi. (Joseph. Bell. lib. VII, c. 12).



venir, se reproduce en nuestros días, y vive aun Jesucristo. No está ya Jerusalem en el Asia, y Judas y los judíos se encuentran en todas partes. En otros siglos hubiera sido nuestro aserto quizás una vana declamacion; pero la semejanza es tan terrible, que nuestra comparacion bien merece mirarse sin desden. Dirigid las miradas por el orbe entero, registrad sus anales, y decidme si ha existido jamás un odio tan ciego como el que persigue en nuestros días al Catolicismo. Hablamos fundándonos en los hechos; vemos alzarse por do quiera, formidable como un gigante y siniestra como un espectro, la defeccion religiosa de los pueblos de Europa, el desprecio universal del Catolicismo.

¿Cuántas naciones permanecen fieles á su Padre? ¿Cuál es la religion de sus Gobiernos? ¿Reconocen un poder divino que los dirija? ¿Cómo se encuentran respecto á la celeste Esposa del Hombre-Dios? ¿Hay tan solo uno cuya conducta dirija la fe, cuya constitucion esté basada sobre el Evangelio? ¿No se sientan en todos los tronos de Occidente el cisma, la herejía, el odio al Catolicismo, ó la indiferencia mas insultante que el odio? ¿Quién se atreverá á decir que Jesucristo es el verdadero Dios de las naciones del siglo XIX, el Rey de sus reyes y el oráculo de sus legisladores?

Si de las naciones descendéis á las familias, entristecerá vuestras miradas la misma apostasia. ¿En qué se ha convertido ya el matrimonio, ese acto en otros tiempos tan santo, y que constituye la sociedad doméstica? ¿No es para la mayor parte de los hombres un innoble mercado? En cada hogar hay dos partidos y dos banderas: el padre y los hijos combaten por lo regular por la causa de la indiferencia y del sensualismo, y la madre y las hijas, que permanecen fieles al Cristianismo, devoran en silencio su dolor y sus lágrimas. ¿Dónde están las tradiciones de fe, patrimonio hereditario de las familias? ¿Qué se han hecho los actos piadosos celebrados en comun? ¿Cómo se comprende la educacion, este primer deber de la paternidad, y del cual depende el porvenir del mundo? ¿No es el egoismo antisocial y anticristiano el móvil y la norma de los cuidados paternos? Sube, hijo mio, sube, elévate á mayor altura que tu padre; el término de tus estudios es un empleo brillante, y un empleo no es una *carga*, sino un dominio para explotar en provecho tuyo y de los tuyos.

Examinad al hombre en particular. ¿Qué veis? ¿No están la mayor parte de ellos encadenados é inmóviles á los piés de dos ídolos, el placer y los negocios, que son las únicas divinidades que se conocen en el día? Aunque bramases sobre sus cabezas todas las tempestades del Sinai, no interrumpirian un solo instante sus cálculos mercantiles y la adoracion del Becerro de oro. ¿Sabéis cuáles son sus creencias al verlos hacer alarde de deístas, materialistas, panteístas y racionalistas? ¿Y saben tal vez si son alguna cosa? A su ejemplo, un gran número de mujeres abandonan las tradiciones de la piedad y las mismas reglas de la fe; muchas de ellas han saltado los límites hasta entonces sagrados para su sexo; y si nuestros antepasados vieron mujeres que alligian al Cristianismo con el escándalo de sus costumbres, estaba reservado á nuestra época engendrar á las que lo ultrajan con la cínica impiedad de su pluma, alcanzando el aplauso de la muchedumbre! Pueden contarse por miles los jóvenes que todos los años se pasan á las filas de la indiferencia y de la incredulidad; y se diria que esperan que el acto solemne de la primera comunión les haya iniciado en el Cristianismo, para romper el yugo con mas publicidad, y correr como ciegos al campo enemigo. Los que permanecen fieles son mirados como raras excepciones. ¡Solamente el huerto de Gethsemaní fue testigo de tan ciego extravío!

¿Qué es del Cristianismo en medio de una defeccion tan general? Abandonado como el Justo por sus discípulos, le cargan de cadenas y le quitan la libertad que ha dado al mundo; le acusan de querer ser rey, le arrastran de tribunal en tribunal como un malhechor, y le obligan á comparecer ante ellos el joven y el anciano, el sábio y el ignorante; le acusan por sus dogmas, por su moral, por su culto y por sus ministros, y le acusan, por fin, por sus obras y sus intenciones. En vano se contradicen los testigos, en vano contesta él mismo que ha hablado y obrado públicamente, y que el mundo entero puede decirlo<sup>1</sup>; pues tambien se encuentra algun criado para abofetearle, un Caifás para tratarle de blasfemo, y fariseos para declararle digno de muerte.

A tan notable injusticia se añade la irrision; vuelve á aparecer ante nuestros ojos la escena del Pretorio, que hace aun erizar los

<sup>1</sup> Ego palam locutus sum mundo... Interroga eos qui audierunt quid locutus sum ipsis. (Joann. xviii, 20, 21).



cabellos despues de diez y ocho siglos; la Europa entera coloca en la misma línea á Jesús y á Barrabás: la balanza política es igual para el Catolicismo y la herejía, para la verdad que tiene todos los derechos y el error que no tiene ninguno, para la razon divina y la razon humana, para el cielo y el infierno; y se proclama la libertad de adorar ó blasfemar, de orar ó maldecir, de creer ó de negar... ¡Este es el honor que las naciones, hijas del Catolicismo, dan á su padre, este es el afecto que le profesan! Pero no acaban los ultrajes, pues el Cristianismo, como monarca destronado á quien se desprecia y rey de teatro de quien todos se mofan, solo tiene una caña por cetro y un andrajo sangriento por manto real, y aun le disputan la caña, y le acusan por su andrajo. En tan lastimoso estado, está viendo á los Gobiernos, Príncipes, Magistrados y á todo el pueblo de desertores que le insultan con la violacion de sus leyes, y que doblan de vez en cuando la rodilla, diciéndole: «¡Yo te saludo, religion del Estado! yo te saludo, religion de la mayoría!»

A pesar de estar tan humillado, aun les encona el Cristianismo, y «¡qué muera! qué muera!» y el grito deicida que se oyó en el mundo solamente una vez, en un solo día y en una ciudad; este grito que no habia oido jamás el mundo moderno, se ha elevado cien veces desde el seno de la Francia, y ha resonado en toda Europa. *El Cristianismo nos fastidia, no lo queremos. ¡Ha pasado ya su época; jóvenes, venid á sus funerales, abridle una sepultura; está gastado... está muerto!!!* Príncipes de los pueblos, vosotros habeis oido tan horribles blasfemias, y habeis leído tan sacrilegos errores, que han volado de mano en mano en millones de libros; ¡y no habeis dicho nada! Los que profieren tantas blasfemias visten vuestras libreas, gozan vuestros favores, y se alimentan con vuestro oro; y cómplices ó no, es un crimen vuestro silencio. Pilatos tuvo al menos valor para preguntar á los verdugos qué delito habia cometido la víctima cuya muerte pedian. *¿Qué mal ha hecho? No veo en él nada que le haga merecer la muerte* <sup>1</sup>.

Vamos á hacer por vosotros esta pregunta que debíais haber hecho; ¡qué respondan los acusadores!

<sup>1</sup> Quid enim mali fecit? (Matth. xxvii, 23).—Ego enim non invenio in eo causam. (Joann. xix, 6).

## III.

Naciones, familias, hombres, jóvenes y mujeres de nuestra época que abjurais del Cristianismo, que lo convertis en juguete de vuestra risa sacrilega, que os burlais de sus preceptos, amenazas y promesas, que lo abofeteais en ambas mejillas con la indiferencia insultante de vuestra conducta y por la blasfemia mas insultante aun de vuestros discursos y escritos, y lo rechazais ignominiosamente como un malhechor diciéndole: Sal de nuestros gobiernos, de nuestras academias, de nuestros hogares y de nuestro pensamiento; no queremos que reines sobre nosotros; ¿qué mal os ha hecho? qué mal ha hecho al género humano?

Raza humana, hija ingrata, ya sabemos tu historia; si la has olvidado, te la vamos á recordar; y para no descubrir mas que una parte del velo que cubre tu ignominia, remóntate tan solo á diez y ocho siglos. ¿Te acuerdas de los mónstruos coronados que reinaban en el Capitolio y de los animales feroces que devoraban tu sangre y la de tus hijos? ¿Te acuerdas de lo que eras? Si lo has olvidado, ingrata, vamos á recordártelo. La misma víspera del día en que brilló el Cristianismo en las alturas de los cielos, te vimos arrastrándote por el polvo, humillada bajo un cetro de hierro, y esperando, para respirar ó morir, el mandato del déspota que tenia su pié sobre tu garganta. *Trescientas cincuenta veces* te vimos cargada de cadenas, uncida al carro de los triunfadores, y destinada á la esclavitud ó al suplicio. ¿Te acuerdas de lo que pasaba entonces en la grande Roma <sup>1</sup>?

El vencedor cruza el Foro puesto en pié sobre su carroza de marfil y precedido de innumerables greyes de prisioneros: cuando llega al pié del Capitolio, reina un silencio solemne; se detiene la turba encadenada, y los vencidos de ilustre cuna son separados del cortejo y conducidos á la cárcel Mamertina, espantoso calabozo construido en la falda granítica del monte. ¿Oyes el ruido del hacha que cae y cae sin cesar? ¿Oyes esos gritos ahogados? Salen de los labios de los prisioneros de guerra antes de espirar. Mira sus cadáveres mutilados, que arrastran los *Confectores* con garfios por la rápida pendiente de las Gemonias, y arrojan igno-

<sup>1</sup> Orosio trae el triunfo de Vespasiano y de Tito despues de la destruccion de Jerusalem en 323 de la fundacion de Roma. (Libro VII, c. 9).



miniosamente en las ondas del Tiber. Mientras se consume tan horrible sacrificio, embriagado el vencedor de orgullo y de perfumes, consume otro en el templo de Júpiter Capitolino: amontona con sus manos humeantes aun con la sangre de las víctimas en un tesoro sin fondo, tu oro y tu vida, y espera para salir del ara de los dioses, que los ejecutores de las benéficas leyes del Imperio pronuncien las palabras sagradas: *Actum est*, ¡ todo está acabado!

No, no está todo acabado; existe aun al pié de la roca formidable un pueblo de cautivos que espera en medio de su terror; un pueblo que está destinado á ser vendido como vil ganado para el servicio de los benéficos soberanos del mundo, ó muerto para su diversion. ¿ Ves á algunos pasos el gigantesco Coliseo y el inmenso circo Flamínio? ¿ Ves la tumba de Bruto y el vivero de Polion? ¿ Ves la cruz clavada en el palacio de Augusto y los sangrientos azotes en las manos del viejo Caton? Ya sabes, pues, cuál es la suerte reservada á los esclavos. Durante nueve siglos has pagado ese tributo de sangre y de lágrimas á la crueldad romana. Roma era la reina del mundo: sus águilas victoriosas arrebatában con sus mortíferas garras los hijos de África, de Asia, de las Españas, de las Galias y de la Germania. ¿ No te acuerdas, raza humana? Para que no te olvidaras, la Providencia ha tenido cuidado de conservar los sitios siniestros donde fueron inmolados tus hijos y tus hijas, todos los teatros brillantes de tu humillación, los anfiteatros, las naumaquias, las termas, la negra, húmeda y horrible cárcel Mamertina, y todas las ruinas elocuentes, para que te digan eternamente lo que eras y lo que serias aun sin el Cristianismo. Él, él solo ha hecho pedazos el cetro de tus tiranos; él, él solo te ha dado la gloria, la libertad y la vida. ¡ Y tú lo abofeteas, ingrata, diciendo: *El Cristianismo me fastidia*, y pides su muerte! ¿ Qué mal te ha hecho?

El mundo actual se llena de impaciencia y de ira cuando se le dirige esta pregunta: — Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado<sup>1</sup>. — Pero ¿ qué mal os ha hecho? — Es el enemigo de nuestras libertades é instituciones, un perturbador de las conciencias que mira como un crimen nuestras riquezas y placeres, un seductor que enseña supersticiones y mentiras degradan-

<sup>1</sup> Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissimus eum. (*Joann.* xviii, 30).

tes para la humanidad, y un ambicioso que quiere reinar; si lo dejamos en libertad, destruirá nuestros sistemas; todo el mundo creará en él, y Roma nos impondrá el vergonzoso yugo de su despotismo<sup>1</sup>.

En vano se contradicen los testigos; en vano el Cristianismo hace públicas sus doctrinas y su conducta, mostrando las cadenas de la esclavitud rotas por su mano de un extremo á otro del mundo, y la tierra inundada por él de paz y de luz; y en vano, en fin, es completa, ruidosa y convincente su justificación. El mundo actual, arrastrado por sus escribas y fariseos, se niega á discutir imparcialmente con el acusado; ahogan su voz las mil voces de la tribuna, de la prensa, de la enseñanza y del teatro; se mofan de él, lo injurian, calumnian y acriminan, y del conjunto de todas las voces se forma una sola que dice: «Quitadlo; no hableis «mas de él; no queremos que reine sobre nosotros, ni que inter- «venga su Evangelio ni su Iglesia en nuestras ciencias y en nues- «tra industria; nuestras constituciones son ateas porque deben «serlo; no necesitamos á sus obispos, sus sacerdotes ni sus reli- «giosos; rechazamos sus fiestas, sus sacramentos, sus ayunos y «sus promesas, pues sabremos vivir sin él y ser felices sin él, lé- «jos de él y á su pesar<sup>2</sup>.»

Tal ha sido, y es aun, el lenguaje mas ó menos explícito de la Europa actual sublevada contra el Catolicismo como un mar borrascoso: los Príncipes y legisladores de los pueblos, ó hablan como la turba, ó guardan silencio; muchos han querido tomar la defensa del acusado, pero de todas partes y de todos los labios han salido estas palabras: El que lo protege es enemigo de la libertad, de las luces y del progreso<sup>3</sup>. Estos gritos les han hecho temblar; y cual otros Pilatos, no se han creído con fuerzas para sal-

<sup>1</sup> Commovet populum, docens per universam Judaeam, incipiens à Galilaea usque huc. (*Luc.* xxiii, 5).—Seducit turbas. (*Joann.* vii, 12).—Seducitor ille dixit. (*Math.* xxvii, 63).—Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient romani, et tollent nostrum locum et gentem. (*Joann.* xi, 48).

<sup>2</sup> Tolle, tolle, crucifige eum... non habemus regem nisi Caesarem. (*Joann.* xix, 15).—Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit. (*Ibid.* 7).

<sup>3</sup> Et exinde quaerebat Pilatus dimittere eum. Judaei autem clamabant dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris. Omnis enim qui se regem facit contradicit Caesari. (*Joann.* xix, 12).



var el Justo. Para apaciguar el odio, lo han humillado, atado y azotado, abandonándolo por fin á sus perseguidores para que hicieran lo que quisieran <sup>1</sup>. Satisfechos de su conducta, han dicho: Estamos inocentes de su muerte; y ven pasar la víctima hácia el suplicio desde sus doradas galerías.

No obstante, algunos discípulos fieles y algunas mujeres agradecidas la siguen llorando; y el Cristianismo, tranquilo en medio de los ultrajes con que lo abruma, les dice como en otro tiempo Jesucristo: «Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, sino por vos-  
«otras y por vuestros hijos <sup>2</sup>.»

## IV.

Es cierto, mucho mas cierto de lo que parece, que existe una semejanza entre Cristo en Jerusalem en los tiempos de Judas, de Pilatos y de Herodes, y el Cristianismo en el siglo XIX, semejanza tanto mas notable, cuanto que solo le falta, para ser en todo perfecta, el último rasgo; Tito y los romanos. Lo que aumenta todavía mas la igualdad de las dos épocas es la existencia simultánea de dos sociedades distintas en el seno de un mismo pueblo. La una fiel y que llora, la otra infiel y que triunfa; una que pide á Jesucristo por rey, otra que no lo admite de modo alguno, y separándose ambas cada vez mas, y preparándose instintivamente al combate. Es este un hecho notado con espanto ó con entusiasmo por cualquiera que tiene ojos para ver, lengua para hablar, ó pluma para escribir; un hecho digno de atención, que engrandece de día en día de un modo visible, y que para el hombre meditador domina todos los acontecimientos contemporáneos.

¿Qué presagia esta separación actual tan rápidamente progresiva de las naciones y del Cristianismo, este fenómeno tan grave, que jamás había contemplado la mirada del hombre?

Dos voces distintas se oían en Jerusalem en torno del Justo humillado. Los Príncipes, los sábios, los fariseos y un inmenso pueblo decía: «Es digno de la muerte, porque ha querido hacerse

<sup>1</sup> Pilatus adjudicavit fieri petitionem eorum. (Luc. XXIII, 24).—Fecerunt in eo quaecumque voluerunt. Sic et Filius hominis passurus est ab eis. (Matth. XVII, 12).

<sup>2</sup> Filiae Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros. (Luc. XXIII, 28).

«rey, y nosotros no tenemos mas reyes que el César;» y aplaudían á cada ultraje que se hacia á la víctima, porque les parecia una expiación merecida de su ambición. Creían que la muerte del conspirador iba á asegurar la libertad de Jerusalem y la amistad de los romanos; que cada paso hácia el Calvario era un paso de mas hácia la felicidad de la nación; y empujaban brutalmente á la víctima hácia el lugar del suplicio. Se oía además otra voz que solo se expresaba con suspiros y lágrimas, que salía de unos pocos que veían en la muerte del Justo el presagio de espantosas desgracias para la ciudad y para todo el pueblo; pero nadie escuchaba esta voz.

Prestad el oído. ¿No oís mas claramente que nunca estas dos voces distintas que salen del seno de la Europa ante el Cristianismo perseguido? La mayor parte de las naciones desde el Mediterráneo hasta el Báltico, en Asia y en el Nuevo Mundo, llenan de sangrientos ultrajes al Catolicismo, inspiradas por los grandes, los filósofos y los escritores. Muchas de ellas lo han arrojado ignominiosamente, fijando la era de su felicidad en el día en que *protestaron* contra él violentamente, pareciéndoles una conquista de la razón cada negación de su doctrina, y un paso mas hácia la libertad cada rebelión contra su autoridad; y en su entusiasmo anticristiano no cesan de exclamar: Romped, romped los últimos eslabones, y seréis iguales á los dioses. Y las demás naciones, seducidas por esta voz pérfida, han roto y rompen todos los días los lazos que le unen á su Bienhechor y Padre, y avergonzadas de haber estado tanto tiempo esclavas de un yugo tan humillante, parece que aumentan su actividad para alcanzar á las demás en el camino de la rebelión. Cual en un día de asalto general llueven los proyectiles sobre la ciudad sitiada, del mismo modo cae sobre el Cristianismo una incesante granizada de ataques; y la muchedumbre bate las palmas á cada verdad que se derrumba del trono de la verdad, á cada dogma cristiano que desaparece del símbolo político, y á cada lazo de la antigua alianza entre la Iglesia y la sociedad, que se afloja ó se rompe; y todos exclaman con la embriaguez del triunfo: ¡Progreso! libertad! emancipación! Ven en la caída universal de las creencias del Catolicismo la aurora de una nueva edad de oro; y no solo la desean y la piden á voz en grito, sino que la apresuran con todo el poder de sus esfuerzos.